

ni con igual desembarazo. Por manera, que solo pudieran oírse verdades tan apuradas de boca de un San Vicente Ferrer, ò de un San Antonio de Padua, ò de otro de aquellos Santos, à quienes dotó con modo particular el Señor para dar de golpe en los ojos con la luz del desengaño à los pequeños, y grandes, à los ignorantes, y doctos, à los plebeyos, y nobles. El Viernes Santo predicó de las tres caídas, y fue menester colocar el Pulpito en el espacioso teatro de una Plaza, para la comodidad del concurso, que permaneció sin moverse como tres horas que duró el Sermon. Oyeronle todos con tanta atencion, que no hubo quien no rompiese en voces de dolor, lagrimas, y suspiros. ¿Qué conversiones no lograría este Pregonero de las finezas de Christo, siendo tanta la inundacion del Pueblo, tanto el zelo con que emprendia estas gloriosas fatigas, tanto el amor de Dios, y del proximo, que ardía en su corazon, y tanta la opinion de su Santidad? En uno de los dias de Pasqua predicó en la Plaza de la Santa Cathedral, y habiendo comenzado à las seis

de la mañana, se dilató hasta despues de las nueve, creciendo en tanto modo el Auditorio, que ya no podia caber en aquel dilatado ámbito. Por la tarde se fue à predicar à una de las calles que franquea el paso à los paseos de Jamaica, haciendo frente al desahogo con que muchos convierten la diversion en abusos. No fueron pocos los que en Megico se reformaron con las exhortaciones de este insignisimo Misionero, y con las representaciones que hizo, para darles mas eficacia à las dos principales Cabezas de aquella populosa Ciudad.

En estas, y otras varias Apostolicas incumbencias ocupó gloriosamente tres meses, como si el Cielo le huviera preparado este destino, solo con el fin de aumentar su veneracion entre aquellos Ciudadanos, y para el remedio de muchos de ellos. Procuró acalorar con la mas posible actividad el negocio de las conversiones de los Infieles de Tejas, y practicadas las diligencias de su cargo, con las seguras esperanzas de que no padecerian falta, se restituyó à su Seminario

nario de Guadalupe. En el tránsito le suplicaron los Religiosos de este Colegio, à instancia de algunos bienhechores, y afectos, que predicase siquiera tres Sermones en distintas Iglesias para el consuelo de todos. Hizolo asi à la menor insinuacion, y en los numerosos concursos, que se apretaban en los Templos, se logró à toda satisfaccion el ver despues del Corpus reproducida la Quaresma en tanta copia de penitentes, que no bastaban para oír las confesiones de todos los muchos Confesores que se halla-

ban de asiento en este Claustro. Esta fue la ultima vez que logró Queretaro escuchar en público à quien siempre solicitó tanto la union de sus vecinos, la paz de sus familias, y el mayor bien de todos sus moradores. Y por lo mismo, permanecen tan frescas las memorias de tan grande Héroe en estos Nobilissimos Ciudadanos, pasando de los Padres à los Hijos, y de los Abuelos à los Nietos, tan sin peligro de entiviarse, ò de que queden ofuscadas, que cada dia crecen sus aplausos, y se aumentan sus alabanzas.

CAPITULO XXII.

HABIENDO DADO VUELTA PARA SU Colegio, enferma de peligro, y le presta el Señor salud. Concluye el Oficio de Guardian: sale à Misionar entre Fieles, y se refieren algunos prodigiosos sucesos.

DEspidióse el P. Fr. Antonio de sus amados Queretanos, y en el tránsito desde este Colegio para el de nuestra Señora de Guadalupe, predicó un solo Ser-

mon en el Pueblo de Apaseo, que dista de esta Ciudad como siete leguas; y no pudiendo detenerse à recoger el fruto en el Confesonario, encargó esta diligencia al R. P. Cura, como dan-

dándole à entender con expresiones humildes, que tendria bastante que hacer en aquellos dias. Aplicóse el Religioso con eficacia al consuelo de los Penitentes, y el efecto manifestó que el V. P. havia tenido luz de Dios para conocerlo, y hacerle este piadoso encargo: porque, segun aseguró despues el mismo Ministro, huvo de ocupar muchos dias en hacer Confesiones generales, y particulares, con tan buena disposicion de los confesados, y con tales muestras de dolor, y de proposito, que lo dejaron sobre manera admirado. Estos maravillosos sucesos los obraba tan frecuentemente la Divina gracia por medio del V. P. Margil, que para referirlos todos, era menester una prolongada historia; pero puede calcularlos la piedad, con saber que su estilo de caminar siempre fue una continua Mision, asi para las gentes de los Pueblos por donde hacia sus jornadas, como para los Sugetos, que en los caminos se le hacian encontrados. A uno de estos le dijo en una ocasion: *Tu sé que quieres servir à Dios, y ser muy santo,*

añadiendole con familiaridad otras razones, que al paso que lo enardecieron mas en abrazar un nuevo método de egemplar vida, lo persuadieron à que le hablaba guiado de superior ilustracion, con que reconoció los impulsos interiores del viandante mancebo, para reformar sus procederés, y aspirar à la perfeccion.

Llegó por el mes de Junio al Colegio de Zacatecas, y à pocos dias se sintió herido de muerte, por una apostema, que se le engendró en el hígado. Luego que el Medico, y Cirujano lo vieron tan inflamado, rendido en el lecho, y con tan agudos dolores, calificaron la enfermedad de mortal, y mandaron que recibiese los Santos Sacramentos. Condescendió con su dictamen el bendito Padre, con gran consuelo de su alma, y singular edificacion de todos: y los ratos que la vehemencia de la calentura le sacaba al parecer de su juicio, todo era dar en hacer confesiones, y predicar, como si se hallase efectivamente en el Pulpito. Llegó à tal grado el accidente, que así los Religiosos, como los

moradores de la Ciudad, y sus Continentes, lo lloraban ya como desauiciado de todo humano remedio. Con hallarse esta de Queretaro como en setenta leguas de distancia, resonó sin dilacion acá el eco de tan fatal noticia, con no menor sentimiento de esta Comunidad, y Nobilissimos Ciudadanos. En todas partes eran frecuentes las deprecaciones al Cielo, por la salud de Varon tan util, tan espectable, y tan estimado de todos. Y siendo oídos tantos clamores juntos en la presencia del Altisimo, quando todos esperaban su muerte por instantes, respiró con inopinada mejoría, con general alborozo del Claustro, y Plebe, y con tan humilde reconocimiento del agradecido enfermo, que de nuevo se egercitó en ser Esclavo de JESUS en todos sus progimos, sin cesar dia, y noche de sus santas acostumbradas tareas.

Asistiendo por este tiempo à una Señora confesada suya, que se hallaba de peligro, le suplicó la enferma con repetidos ruegos, que no le faltase en la hora de su muerte. *Hija* (la respondió Fr. Antonio) *ten*

fé en el Señor, que su Magestad te asistirá; pero ten por cierto, que yo no podré darte el consuelo que me pides, porque me espera otra mayor necesidad. Hallabase à la sazón en el mismo lugar un hombre sano, y robusto, aunque con el alma muy enferma, por sus viciosas costumbres. Salió éste à un viage, como veinte leguas de aquel puesto, y apenas llegó à la Poblacion, le asaltó una enfermedad tan aguda, que corría à la muerte por la posta. Tuvo luz el ilustrado Padre de esta necesidad, y sin ser llamado de alguno, partió para donde estaba el doliente. Trató al punto de confesarlo, y dando oídos el afligido enfermo à sus christianos consejos, hizo su confesion con el bendito Padre, con muchas lagrimas, y detestó sus vicios con multiplicados suspiros. Aceptó el Señor sus propositos, y en premio de su resolucion penitente, le alargó la vida algun tiempo, en el qual dió tales muestras de edificacion, que no dejaron la menor duda de haver sido su conversion verdadera, teniendo tanto de prodigiosa, como

se colige de lo expresado. Durante esta ultima Prelacia del Siervo de Dios, fue à visitar à una Señora, que padecia una loca pasion de zelos: y como estos, aunque les falta una letra para Cielos, tienen muchas de sobra para Infierno, hicieron tanta impresion en su imaginacion altanera, que no quedaba honra que no quitase, ni malicia que no creyese. Propusole el V. P. con algunas razones suaves los perjuicios que ocasionaba con su voluntaria demencia; pero reconociendo en ella alguna dureza de ánimo, mudó de estilo: y encendido en fuego su semblante, la dijo con temeroso tono: *Señora, el Infierno tiene ya abierta su dilatada boca para tragarsela.* Lo mismo fue pronunciar Fr. Antonio estas palabras, que dar señas la muger de quedar su terquedad desvanecida, y su obstinacion avasallada. Respiró al instante en dolorosos arrepentimientos: restituyó los creditos que havia quitado: hizo una fervorosa confesion, y en lo restante de su vida dió pruebas muy bien fundadas de los santos efectos,

que causaron en su corazon las animadas voces de este gran Ministro de Dios, cuyo zelo Apostolico siempre fue vigilantissimo en procurar la tranquilidad, el honor, y salvacion de sus progimos. De estos, y semejantes casos, con que correspondió el Divino Señor al caritativo esmero del V. P. Fr. Antonio, suelen hacer poco aprecio los Lectores; pero es constante verdad, segun sentir de muchos Padres, que es mayor milagro convertir à los pecadores, que dar vista à los ciegos, y resucitar à los muertos.

En estas, y otras Apostolicas ocupaciones, sin interrumpir su continua aplicacion à los Sagrados ministerios del Pulpito, y Confesonario, cumplió laudabilissimamente el tiempo de su Guardianía, con muchos aumentos espirituales, y temporales de aquel famoso Seminario. No hago individual expresion del modelo de vida Monástica, que observó por este tiempo, porque éste siempre fue uno; y tengo por redundancia el molestar con relacion de asuntos totalmente parecidos,

y casi idénticos, pudiendose hacer de éste cabal juicio, con lo que queda dicho de sus antecedentes gobiernos: especialmente, quando fue Guardian, de este Colegio de la Santissima Cruz, que fue la primera de este calibre, que cargó sobre sus hombros la Obediencia. Tengo informacion cierta de que aun se conserva al presente en el referido Colegio de Zacatecas, para perpetua memoria de tan santo, y tan prudente Prelado, una Cruz pesada de madera, con que hacia diariamente la Via-Sacra, poniendose una corona de espinas en la cabeza, y pendiente del cuello una soga. Algunos Religiosos antiguos de este Colegio tienen por verosimil, que otra Cruz bastante-mente bromosa, y vieja, que se guarda en la Tribuna, le sirvió aqui al Siervo de Dios, para este utilissimo egercicio, en cuya práctica fue puntualissimo toda su vida. Pero habiendo procedido la piedad tan ambiciosa, que hasta el banquito en que se sentaba, quando hacia los egercicios con el V. Fr. Antonio de los Angeles, y se conservó muchos años en el Tras-

Coro, se nos ha desaparecido, me veo precisado à referir la noticia por congetura, mientras no se descubra otro motivo, para afianzarla con mas certeza.

Celebróse nuevo Capitulo el dia veinte y dos de Febrero de setecientos y veinte y cinco, y hallandose el recien electo Guardian en las Misiones de Tejas, solicitó aquella Comunidad Venerable, que su amado Padre Fray Antonio quedase de Presidente: en cuya consecuencia lograron seis meses mas la deseada dicha de tener tan eemplar Pastor, y amoroso Padre. Hallabase el bendito Varon con letras patentes de nuestro Reverendisimo Padre Comisario General de Indias, para que pudiese agregar Compañeros de estas Provincias Seráficas, y ocuparse sin limitacion de tiempo Misionando, hasta internarse en las partes mas remotas de estos bastos Dominios. Havia conservado con gran prudencia esta legacia en su pecho, hasta romper las ataduras del Oficio, y así que entregó las llaves del gobierno al nuevo Guardian, presentó la

orden de Madrid al Superior General de estas Partes, y manifestó en debida forma sus designios. Para esta empresa se retiró con otro Sacerdote del mismo Colegio de Guadalupe à una Hacienda, que dista de él como cinco leguas, y exceptuando los dias festivos, en que predicaba, y oía de confesion à muchos, ocupó lo restante de un mes, que se mantuvo allí, en un total retiro, entregado à la oracion, y à varios penitentes egercicios. Causó novedad el verle en tanta abstraccion de su ministerio, para haver de principiar su Apostolica erranda; pero se viene à los ojos, que lo llevaría el Señor à aquel País solitario para instruirlo, y hablarle al corazon lo que se ocultó à nuestra noticia.

Restituyóse el dia seis de Octubre à su Colegio, en donde por ciertas ruidosas discordias, que se havian levantado en Guadalupe, recibió unas cartas de Personas de autoridad, que le suplicaban pasase à componer tan escandalosas disensiones. Consultó el referido asunto con el Reverendísimo Padre Rector de la Sagrada

Compañia, y con el Reverendo Padre Guardian del Seminario, y habiendo sido ambos de sentir, ser convenientísimo su tránsito à dicha Ciudad, se resolvió à hacer por ella su viage para Valladolid à costa de mucho rodéo. En esta mira, dejando continuas prendas de su zelo en todo el camino, llegó à Guadalupe el dia tres de Noviembre, quedando tan beneficiada con la presencia de este Angel de paz, que à mas de reducir à una perfecta concordia à todos los espiritus desunidos, hizo reflorar los Jardines de virtudes en los Monasterios de Religiosas, haciendoles varias Pláticas, y asistiendo puntual en sus Confesonarios. Y con la ayuda de su Compañero, y de otros dos Sacerdotes Misioneros, que pasaban à hacer Mision à Zayula, se empeñó con su infatigable esmero en predicar, y confesar en varias Parroquias, Carceles, y Hospitales, con grandes logros de toda aquella República, que perpetuamente se confesará agradecida à este Interlocutor piadoso, por quien le vinieron tantas, y tan repetidas beneficencias.

De

De allí salió el dia veinte de Diciembre para los Lugares del Mar Chapalico, dicho así, por ser una famosa Laguna, que hasta en la bravura de las olas imita al Mediterraneo, y Oceano. Llegó al Pueblo de Ascacán, y con sus fervorosas exhortaciones, los Saraos, y Toros, que tenian prevenidos para la Pasqua, se convirtieron en verdaderas confesiones, y públicas penitencias, con que celebraron sus moradores el Nacimiento de Christo. Fue tal la conmocion, y el regocijo de todos aquellos pequeños Pueblos, así que se esparció la noticia del Pasto espiritual con que iba à alimentarlos este insigne Apostol, que en unas partes lo recibian con instrumentos musicos, en otras con arcos, en otras barrian el camino por donde havia de pasar, y adornaban los lados con ramos verdes, y en todas salía la gente en procesion à recibirle, con singulares demostraciones de veneracion, y júbilo. Acercabase ya el tiempo en que havia de hallarse en Valladolid, para la Mision que tenia prometida, convocados por cartas los Compañeros; y

serviendole de muro para su tránsito el concurso de Personas que lo solicitaban, y seguian, atraídas del olor de sus virtudes, y fama de su santidad, se vió precisado à salir à caballo, y fugitivo en el silencio de la media noche, por no hallar otro medio para ausentarse de los que intentaban detenerlo. ¡Oh juicios del Altísimo! A todas horas buscaba almas Fr. Antonio, y ahora huye de las almas que lo buscan. Sin duda porque lo movía oculta mano para acelerar su viage, por estar ya muy cercano el tiempo, que el Cielo tenia previsto para coronar de triunfos sus fatigas, para magnificar con mayores aclamaciones sus afanes, y honrar su humildad con admiracion de los siglos.

Noticioso el Cura del Pueblo de la Piedad de la piadosa fuga que el V. P. hacía por su jurisdiccion, salió à recibirlo con otros Eclesiasticos, y algunos Seculares, haciendole tales alegatos del fruto que se seguiría de su Mision, y tales representaciones, en que se ofrecian à allanar los inconvenientes que pudiera ocasionar su

Y

de

demora, enviando los respectivos Correos, que para ello se necesitasen, que huyo de condescender à sus súplicas. Empleó como veinte y cinco dias en dicho lugar, y en la Hacienda de Santa Ana, que se halla en distancia como de un quarto de legua à la otra vanda del Rio, y pertenece à la jurisdiccion de Penjamo, siendo tan numerosos los concursos, como si fueran de populosas Ciudades. Las confesiones duraban hasta mas de la media noche, para lo qual, hacía tiempo que tenia licencia expresa del Santo Oficio, y en esta atencion, lo practicaba asi frecuentemente en todas partes. Bien que procuraba que las mugeres se fuesen al anochechar à sus casas, y por lo común, en siendo de noche, solo confesaba à los hombres. A algunos de los Penitentes les adivinó los pecados, desterrandoles con superior luz el pudor que les servia de embarazo para confesarse con la claridad que pide la confesion, para que no sea sacrilega. Quando el año de cinquenta y quatro fui à hacer Mision à aquel País con otros dos Misioneros de este Colegio,

oí referir à varios Sujetos ancianos, y juiciosos, tales cosas del fervoroso espíritu, infatigable zelo, y esmero santo de este gran Siervo de Dios, que al paso que por entonces me dieron luz para congeturar el singular fruto que sus Misiones causarían en todas partes, ahora me hacen caer en la cuenta de que mi pluma no es capaz de formar siquiera un laconismo para historiarlas. Baste saber, que haciendo las oportunas preguntas à los Penitentes, especialmente à los mas rudos, para explorar si tenían necesidad de hacer confesion general, la respuesta de varios fue: *La hice con el santo Padre Margil, y no he vuelto desde entonces à pecar, por la misericordia de Dios.*

Desde la Hacienda de Santa Ana intentó hacer otra piadosa fuga, saliendo à las nueve de la noche para los Pueblos de San Francisco Angamacutiro, y Puruandiro, à solicitud de su Párroco el Bachillér Don Thomás Flores; pero tuvo tan poco efecto su cautelosa industria, que al primero de los referidos, llegó con una procesion de hombres, que iban en

su

su seguimiento, habiendo confesado à muchos en el camino. Tengo hechas repetidas Misiones en aquella jurisdiccion desde el año de cinquenta hasta el presente, y con este motivo, à mas de las noticias que adquirí idénticas con las precedentes, oí contar al expresado Cura, y à un Eclesiástico anciano, que saliendo con un Compadre suyo de la Iglesia para su casa, concluido el anuncio de Mision, que hizo el V. P. Fr. Antonio, el dicho Compadre fue de sentir, que el Sermon havia sido con demasiada claridad. Haviase quedado el Siervo de Dios confesando en el Templo, y luego que llegó à la casa, siendo instado en diversas ocasiones que fuese para cenar, por ser ya como las once de la noche, le puso al Cura en las manos el Quaderno intitulado: *Gritos del Capuchino Enfermo;* y pretestando que tenia que hacer en el Aposento, en donde estaba retirado el Compañero, le dijo con agradable estilo, y reverente sumision: *Entre tanto, leale Vmd. à mi señor Hermano, y su Compadre este parrafo.* Era à la sazón el numero sesenta

-no

del referido Quaderno, en que su Apostolico Autor el P. Fr. Josef de Sevilla, encarga mucho à los Predicadores, de autoridad del Grande General Oliva, de la inclyta Compañia, que reprehendan con claridad los vicios, lamentandose de los daños que por este defecto se siguen en los oyentes. Con este inopinado pasage, no solo quedó satisfecho el Caballero, que era el dueño de la casa, de su escrupuloso reparo, sino que todos tres quedaron en mas bien fundado concepto de que el V. Misionero obraba, y hablaba con alto instinto, y superior luz.

De este mismo sentir fue un Sacerdote, que en el expresado Lugar hizo una confesion general con este Ministro de Dios. Sobrevinieronle despues ciertos escrúpulos, que aunque en la realidad eran despreciables, el amontonaron en tanto modo el juicio, que lo llenaron de temerosas aprehensiones. En esta atencion, se fue para la Sacristia, esperando si se le proporcionaba oportunidad para dar noticia de lo que le pasaba à su santo Confesor. A este tiempo

Y 2

fue

fue entrando el P. Fr. Antonio entre severo, y risueño, diciendole con agraciado tono: *Vaya-se vistiendo mi Señor, y diga Misa, y no quite el tiempo à los pobres que quieren confesarse. Quando la casa ya está barrida, el querer porfiar con la escoba, solo sirve de levantar polvaredas.* Quedó con estas razones, y en tan buenas circunstancias muy consolado el escrupuloso Penitente, y juntamente muy persuadido à que su perturbacion era tentacion del Demonio, que desvanecida por medio del Apostolico Ministro, no le volvió à causar en lo de adelante considerable afliccion. Por lo tarde que el V. P. se retiraba al Aposento, y por lo mucho que madrugaba, y por permanecer con luz el poco tiempo que al parecer se entregaba al sueño, tuvo la curiosidad uno de los domesticos de la referida casa, de observar con disimulo lo que hacía; y en algunas ocasiones que pudo hacer esta observancia por las rajaduras de la puerta, siempre lo vió arrodillado en el quarto sobre el duro suelo.

Concluida la Mision de An-

gamacutiro, que duró como veinte y dos dias, pasó para Pu-ruandiro, Cabecera entonces de aquel Curato, para emplear en él lo restante de la Quaresma. Cantó la Pasion, è hizo los mas de los Oficios de la Semana Santa, predicó varios Sermones, y confesó al numeroso concurso de aquella Feligresía. En este Pueblo se hospedó à costa de muchas súplicas, en un humilde quarto de los bajos de la Casa Cural, por estar mas inmediato à la Iglesia, y poder egercitar la caridad con los Penitentes à todas horas. Confesaba hasta las diez, y once de la noche, y à las quatro de la mañana ya estaba otra vez confesando: siendo de advertir, que en las pocas horas que mediaban, iba à bañarse à unos ojos de agua caliente, que se hallan en distancia como de un quarto de legua, à causa de reconocerse con alguna inflamacion de la sangre. En uno de estos dias porfió el Cura en que tomase una purga, la que solo sirvió, al parecer, para que se congeturase, que le obedecía la naturaleza, pues desde el punto que la bebió, se fue para el

Con-

Confesonario, permaneciendo en él inmoble, confesando como seis horas, hasta que hubo de entrar el piadoso Párroco, y hacerlo levantar para que tomase alimento, y algun descanso. Es voz constante en todo aquel Continente, que al abrazar al referido Cura, al tiempo de su despedida, le dijo con amigable modo: *Thomás, Thomás, tú te salvarás asi no mas.*

No me detengo en las varias alusiones, que pueden tener estas palabras; pero para estimarlas por piadoso vaticinio, créo que basta saber la feliz muerte, que tuvo este dichoso Sacerdote el año de cincuenta y tres, encomendando su alma por sí mismo à la Santísima Virgen MARIA, hasta dar el ultimo suspiro.

CAPITULO XXIII.

HACE EL V. P. MISION EN LA CIUDAD de Valladolid, y de alli viene Misionando para esta de Queretaro. Mandale el Prelado General pasar à Mexico, y le sobreviene en el camino la ultima enfermedad, con otras varias noticias, y reparables circunstancias.

DEsde el Pueblo de Pu-ruandiro, enderezó el Venerable Misionero su viage para la Capital del Obispado, y teniendo noticia de su tránsito el Cura de Guaniquéo, salió al camino à recibirle, revestido con Capa, con Cruz, y con Ciriales, suplicandole con profundo rendimiento

se detuviese à dar pasto espiritual à sus Feligreses. Correspondió el bendito Padre à su obsequio con una Mision de quatro dias, y no permitiendole mayor demóra la estrechez del tiempo, partió para la populosa Valladolid, sin cesar de su Apostolico egercicio en el camino. Entró en dicha Ciudad el dia pri-